

Jesús

GONZALO LÓPEZ

Conservatorio Profesional de Música de Zaragoza

Institución «Fernando el Católico»

● ● ● ● CRÓNICAS DEL NO SÉ QUÉ





Tempus fugit, desde luego, y que todo es cambiante, qué decir. Valgan estas dos: el paso del tiempo y lo cambiante del mundo, como premisas para acercarse a estas anecdóticas *Crónicas del no sé qué*, pues son del *no sé qué* por vía carmelitana de San Juan, que recorre el Desierto de las Palmas junto a nuestro joven Uriol.

José Luis ha sido muchas cosas para la música, tanto a nivel local o regional como nacional e internacional, incluso, sin prejuicio, podríamos decir mundial. En sus más de cincuenta años de carrera profesional, se resume prácticamente la experiencia en España de lo que hemos dado en llamar música antigua. Si miramos estos años atrás y con espíritu crítico tomamos consciencia de lo que se ha avanzado, nos asombramos por todo lo conseguido, nos nace una sonrisa de satisfacción y en nuestro ámbito de Zaragoza se nos presenta, casi a modo de aparición, la figura de José Luis González Uriol, pues en ese lugar de la utopía a cumplir de la música antigua, no es que tenga puesto destacado, sino que es el principal. De entre las muchas dotaciones que José Luis ha manifestado, quitando el pelo y la paja, resaltaría su capacidad de impulsar proyectos, capacidad que nace de una profunda creencia en los valores que aporta la música para el avance de las sociedades y, desde luego, que el José Luis que conocí y con el que conviví durante muchos años fue gran creyente y apasionado de ello.

Este Uriol incansable, gracias a su tesón, en ocasiones bendita tozudez aragonesa, supo en el momento propicio convencer a todo género de instituciones y personas, con gran habilidad y, repetimos, creencia en valores, para que la música pasara a tener un poco más de presencia en la vida de todos, proyecto que durante muchos años llevó a cabo, codo con codo, junto con Pedro Calahorra, el buen Pedro, sacerdote y musicólogo, mejor compañero de José Luis, ambos dos como una suerte de Zipi y Zape para la música antigua aragonesa. Y así, como dijo en su momento al caso *Heraldo de Aragón*, «la música antigua sale de las cavernas» y ve la luz, y hoy, después de un periplo de más de cinco décadas, gracias al coraje y al valor de José Luis, amén de su consabida dotación musical, Aragón tiene un lugar en el ámbito de la música antigua, tanto por su figura como por sus grandes creaciones: el *Curso Internacional de Música Antigua de Daroca*, las *Jornadas de Órgano* o el impulso editorial forjado también desde la Institución «Fernando el Católico», referentes que gozan de prestigio y reconocimiento mundial.

Dicho esto, desde la verdad, aún con el corazón: pasen y vean estas *Crónicas del no sé qué*. Crónicas donde se nos narra la experiencia personal de este pobre campesino de la solfa junto al gran Maestro y algunas de las muchas peripecias que se sucedieron durante tantos años de andadura, entendidas por vía de humor, que también es don singular que ilumina al Maestro y al discípulo, y nos regaló tantos momentos inolvidables que forman parte de nuestras vidas: queden pues los títulos de peso para otros autores de mayor erudición y pluma.

1.ª crónica. De cómo llegué a Uriol por vía de mujer

Fue una mujer la que me llevó a José Luis, lo tengo que decir, así fue, sin lugar a duda. Y fue desde la generosidad como acabé en él. Ya picado del gusano del órgano, especie de rara condición que a quien le engancha no le suelta, allá por el año 82, frecuentaba unos cursos para órgano que regía en Medina de Rioseco (Valladolid), con buenas dosis de profesión y cariño, la recientemente finada organista Lucía Riaño. Allí conocí a algunos compañeros que luego han sido grandes amigos, Pablo, Sebastián, Joan Bautista y Antonio, el tan especial Antonio Cabezón, y allí empecé a sufrir en mis carnes el frenético efecto de la picadura del gusano del órgano... y a notar cómo poco a poco iba extendiendo su veneno por todo mi cuerpo... y cómo después se apoderaba de mi mente... Hasta que, sin darte cuenta, tú también te transformas en gusano y acabas picando a otros y les trasmites el encantamiento. Pues bien, ya enfermo e incurable, en el 85, llegado el momento de decidir el camino de mis estudios, apoyado siempre por mis padres, maestros de escuela de mérito, opté por dedicarme a los estudios musicales, al órgano y al clave, y entregarme a los brazos de la citada Lucía para que rematara mi locura musical. Recuerdo el momento en el que le propuse a «La Riaño» que quería irme a Madrid a estudiar con ella, lo que imagino ya se barruntaba y la buena docente debía tener preparada la respuesta. En resumen, me vino a decir que a todo profesor le gusta tener alumnos que pueden brillar, pero que por mi carácter y mis condiciones (ya todo envenenado por el gusano) encontraría mejor formación en Zaragoza con José Luis González Uriol, quien prácticamente me era desconocido: así llegue a los brazos del Maestro, por medio de mujer.

2.ª crónica. Cómo aprender órgano en un quirófano

Ha contado tantas veces José Luis, cómo inicialmente me matriculé en el Conservatorio en doce mil asignaturas y tuvo que, recién llegado a Zaragoza, ejercer una acción paternal de sentido común y mostrarme cómo empezar a recorrer el camino poco a poco (dicho muy suyo en las clases: *Poco a poco hila la hilandera el copo*), que no aburriré con esto. Versará la segunda crónica sobre el aprendizaje de órgano que Uriol nos daba en un quirófano, y digo mal, pues era la antesala del quirófano el lugar donde estaba instalado el órgano en el Conservatorio de Zaragoza de la calle San Miguel. Antesala desde la que mediante dos puertas, con cristal circular en medio, se daba paso al quirófano, por entonces en función de sala de profesores, pues el Conservatorio había sido anteriormente una clínica. No es mala solución para una clínica el «reciclarse» en conservatorio, pues bien es sabido que el músico necesita de continua sanación, pero la ubicación del órgano en este ámbito médico era, cuando menos, digna de Berlanga, o, si se me permite, de Torrente. Cientos de miles de anécdotas propias del cotidiano se sucedían en las clases con José Luis, pues tengo la impresión de que todo aquello no era un simple aprendizaje, constituía mucho más, un *modus vivendi*. Recuerdo con especial cariño cuando varios alumnos de los «fijos» (creo que Artigas, Luis Antonio, Raúl y yo, por lo menos) nos quedamos encerrados junto con el Maestro en el ascensor del Conservatorio un domingo, sin gente. El elevador era amplio, pues en él se llevaban las camillas de enfermos, pero, al no poder abrirlo, transcurrido un cierto tiempo, optamos por poner los abrigos en el suelo y hacer como una pequeña cama para que se

recostara el Maestro: todos le teníamos como referente y le sentíamos como padre cercano... Al final, la natural habilidad manual de Raúl dio con la manera de abrir la puerta y, previo templado tentempié para festejarlo, durmió cada cual en su casa. Pero bueno, siguiendo con la enseñanza, en aquella antesala del quirófano, rodeado el órgano por media docena de sillas y algún sillón de mayor cuerpo de los de la sala de profesores, recibíamos las clases siempre grupalmente: de manera individual para el aprendizaje concreto, pero con el resto de compañeros al lado, lo que es, no cabe duda, una muy buena manera, a la griega, hoy en extinción (como nosotros mismos). Amén de los citados alumnos y otros muchos (Rosa, Pilar y Anaís: tres musas del Parnaso), frecuentaba también las clases la singular Laura, joven de agradable presencia y siempre muy arreglada: zapato de tacón, mínimo, de 10 cm de alto. Se contaba también entre el alumnado, como no podía faltar, una monja, al igual que se las encuentra siempre, más bien encontraba pues también están en extinción por estos lares, en cualquier medio de transporte, especialmente estación de autobús o tren. Llegado el día de autos, resulta que Laura se había olvidado los zapatos de tocar, pues sepa el lector que el organista lleva calzado especial, aún sin rozar lo ortopédico, para su ejercicio. Al comentarlo al grupo, ofrécese la circunstancia de la coincidencia de número de pie entre la bella joven y la habitada monja (lo de habitada va por el hábito que vestía). Teniendo providente claridad, la joven propone a la monja un cambio de zapatos, para así poder dar la lección. Iluminada por la gracia, la monja accede sin reparo a la petición de la joven, resultando una escena tan singular, que después de tantos años aún me viene al recuerdo: Laura toda elegante de arriba abajo, con su melena al aire, blusa manga farol, falda de tiros largos, joyas y llamativos pendientes, divina de la muerte, tocando con unos zapatos lisos y lasos, mondos y lirondos. Al lado, sentada junto a la ventana, la pobre monja, con su natural sobriedad, el parco hábito todo planchado y calzada con unos zapatos rojos de 13 cm de tacón de aguja: ¿hay quién dé más? Cierra esta crónica la otra puerta que había en la antesala del quirófano, o clase de órgano, que lógicamente daba a los antiguos baños del quirófano, con sus lavabos y urinarios, un cierto sitio para cambiarse e incluso, creo recordar, un par de duchas. Pues quiso la escasez de espacio que se vivía en este centro que en la zona de cambiarse y lavabos, que era algo más amplia, hubiera que instalar una espineta roja que se había comprado a Carol de La-Herrán, y allí, entre cañerías, practicar el ejercicio de dedos los alumnos de clave y órgano, ofreciéndose la fatal coincidencia de que estos baños eran también los del profesorado para la primera planta. El caso es que cuando se estaba ensayando, si acudía a su necesario uso un compañero, pues la cosa no tenía mayor importancia. Ahora bien, cuando lo frecuentaba un profesor, no digamos si era Reina, pues había que subir el tono del tañido y darle fuerte con acordes repletos de notas para paliar, casi anestesiar, al estar en este ámbito médico, los ruidos del natural desembarco: música, principio y fin.

3.^a Crónica. Otras varias del ámbito hospitalario

Y se dice así por ser nuevamente en el entorno hospitalario donde se desarrolla la acción musical, lo que podría llamar a la reflexión de algún joven musicólogo, pues los viejos ya no están para estas tonterías, de formar tesis que relacionara el lugar de la sanidad y el sitio del órgano, y así obtener buen título de doctor... Pues bueno, durante alrededor de treinta años fui compañero de José Luis en la docencia del *Curso de iniciación al*

órgano del Hospital Provincial de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza: de 9:00 a 10:30 horas daba clase yo, pues correspondía a la juventud el madrugar, y luego después el maestro. Curso creado por Uriol en la Institución «Fernando el Católico», *in illo tempore* y con gran sentido común, para atender a gentes de todo pelaje y condición, sin límite de edad o conocimientos, sin límites de casi nada, pero con la condición necesaria de venir de lugares donde se hubiera restaurado un órgano, de manera que se orientaba a organistas para que atendieran mejor el patrimonio organístico: bravo, Maestro, por la iniciativa. Al pertenecer otrora el Hospital Provincial a la Diputación Provincial de Zaragoza, a finales de los setenta se promueve la restauración «de su órgano» y su capilla se convierte en un pequeño cobijo para la naciente música antigua zaragozana, albergando diversas actividades, conciertos y cursos, entre ellos el de órgano. Órgano construido por Pedro Roqués en 1857, aún hoy sonando a medio pulmón, en el que el organista tiene garantizada la asistencia sanitaria, pues estamos en un hospital, como así me ocurrió en cierta ocasión «ambientando» una boda, cuando me cayó encima de la cabeza una gruesa tabla del instrumento mientras tocaba la triunfal entrada, que quedó algo deslucida por el impacto. Ante lo exagerado de la sangre en la cabeza, y una vez tomada consciencia de que el golpe era de poca gravedad y mucho ruido, saltándome el *Aleluya*, abandoné momentáneamente el órgano, me fui a las propias urgencias del hospital y les expliqué que era el organista y que estaba tocando en una boda cuando me había ocurrido el accidente. Entonces los siempre buenos profesionales sanitarios me dieron prioridad, me curaron con alguna grapa, apósito al canto, y en poco más de diez minutos de nuevo en el teclado para tocar el ofertorio, el *Ave María* de Schubert: nadie se enteró... Bueno, que nos vamos del tema, pues las clases de órgano de este curso, digamos «hospitalario», daban para mucho y tras la docencia, sobre las 12:00 horas, se convivía todos juntos en el bar de enfrente con un cafelito, gastando a la definitiva toda la mañana del sábado, pero se creaba un ámbito de hermandad musical extraordinario que compensaba el tiempo empleado. Este curso se clausuraba todos los años con un concierto-excursión a un lugar donde se hubiera restaurado el órgano, iniciativa también muy acertada. Los alumnos esperaban su corta clase charlando en el coro, y en esta circunstancia y situación es cuando un determinado día saltaron chispas y se sucedió un tremendo, cual hilarante, enfrentamiento verbal. Era alumna devota e infalible, en la asistencia, nuestra querida Marisol. Mujer de edad indeterminada que aparentaba una década más, soltera que vivía con su hermana, hija de pintor de brocha fina y algo distraída del mundo, que gustaba ardientemente de la improvisación pianística y en vez de lección nos solía entretener con algún desatino al teclado, que, por lo menos, siempre era divertimento. Se contaba entre sus compañeros, Ramón, septuagenario, hombre corpulento y serio, humanista, alcalde que fue de pueblo grande, intelectual, lector y últimamente estudioso de cursos de seminario, alumno de órgano que gozaba de la excepcional cualidad, nunca vista por igual, de la lentitud, con un tañer al teclado que resultaba siempre como una dulce espera: llegaba su turno, accedía al banco del organista y podía acabarse el mundo. Ambos dos eran muy queridos por el grupo y personas generosas en sus actos, hasta que... Estando todo el alumnado en el coro junto con Uriol y un servidor, le toca el turno a Ramón. Se paran los relojes y pasado un buen rato de este tañer de notas atemporales, Marisol, deseosa de dejar volar sus manos por el teclado con sus invenciones chopinianas, rompe en cólera, sale del grupo e

increpa a Ramón, aún siempre tratándose entre ambos de usted y con gran elegancia, con este arreglado discurso: «Perdone, Señor, ¿puede tocar un poco más deprisa?». Ramón, atónito ante lo que intuyó haber escuchado por labios de la madura señorita, vuelve la mirada con asombro, sin dar crédito a lo que estaba pasando, y le responde: «Perdone, señora, ¿me puede repetir usted lo que ha dicho?, es que no la he entendido bien». Marisol, luciendo ese pañuelo a la francesa, cortito y con nudo lateral, que jalonaba siempre su cuello y realizaba aún más su aire de desván, le contesta: «Pues señor, que no hay quien aguante, que si puede tocar un poco más deprisa que con esa lentitud no va a dar tiempo para que toquemos todos». No se había visto nunca a Ramón tan enfadado: «Señora, ¿y quién será usted para decirme nada, si ahí están los dos profesores?». . . Y lo tremendo es que los profesores, Uriol y Chus, no estaban y no podían decir nada porque salieron de emergencia al pasillo, aún sin ir a urgencias, a reírse, simplemente y sin más. También fue protagonista Marisol, en Ateca, en un fin de curso, de una escena que se sucedía todos los años después de la comida, momento en el que se cantaba un potpurri de temas populares, canciones de bodega con éxitos de la tuna incluidos, muchas veces acompañados al acordeón por don Emilio, organista segundo (tercero, cuarto o quinto) de La Seo, que asistía a los cursos y a quien en una ocasión vimos con José Luis por la calle. Al saludarle: «¿Qué tal, don Emilio?», y tras contestarnos como siempre con cariño, nos damos cuenta de que evidencia la lengua y los labios de un verde fosforito exagerado, que nos alarma y al mismo tiempo nos conduce a la habitual inocente sonrisa, que conociéndonos, siempre podía acabar en irrisorio drama. Pasado el susto inicial, al ver su boca como si fuera la de un marcianito, le pregunté: «Don Emilio, ¿se encuentra usted bien?», y Uriol ya se retiró de la escena y dobló la esquina ante la imposibilidad de contenerse, sacando yo la situación malamente como pude, pareciendo ser su extravagante color bucal fruto de cierta pastilla que tomaba. . . Bueno, volviendo al fin de curso y la comida en Ateca, poco a poco los motores se iban calentado hacia el buen humor, pues a José Luis, bien conocido por todos como amigo del buen yantar, al igual que en las bodas hay esa casposa costumbre de que los novios visiten las mesas y hagan la pantomima de preguntar a todos: qué tal habéis comido (menú 200 pavos) o cómo lo estáis pasando (al de al lado no le conozco, o cómo me han puesto con este tan pesado), etcétera, etcétera, pues repito, a José Luis le dio por esas y, al acabar el segundo plato, se levantó y fue ofreciendo su cariño a todos los comensales: alumnos diversos, algunos padres de alumnos jóvenes y siempre también un par de curas, pues las monjas no venían por ser su condición de clausura. A la par que les achuchaba en abrazo fraterno, pues siempre ha sido muy cariñoso en el trato cercano, siendo el momento elegido el de antes de retirar el segundo plato, pues le dio también, con su genialidad habitual y en un gesto, digamos, caritativo de no desperdiciar la comida, por ir acabando alguna ración no terminada, a la vez que charlaba con el correspondiente comensal. Acto que yo observaba, me di cuenta inmediatamente del asunto, y menos mal que se iban retirando los platos y no tuvo más que tres o cuatro «recenas»: otra de sus genialidades. Bueno, seguimos con la comida, y ya metidos en los postres, licores y en el festival OTI de la canción, el momento esperado de todos los años era cuando Marisol, con su dicho pañuelito a la francesa, pelo incoloro y apariencia casual despeinada, con su particular aire *demodé*, entraba en una suerte de trance, se levantaba de su puesto en la mesa y deambulaba entre el grupo recitando y gesticulando esos versos

sobre el torero y la muerte de García Lorca, abstraída, en una comunión con su espíritu que no dejaba impasible a nadie. Siendo acto ya conocido, referente obligado del fin del curso, una vez que había comenzado «la rapsoda» su ditirambo, siento un fuerte pellizco en el muslo, como una pinza que me aprieta las carnes. No quería mirar, me lo imaginaba, era José Luis a punto de estallar, lo que, atentos a nuestro conocido poco control sobre el arte de reír en estos casos, me lleva a una situación que al momento entiendo que solo puede solucionar metiéndome debajo de la mesa, mantel clásico blanco de restaurante de por medio y con los ochenta ojos de los cuarenta comensales mirándonos (no había ningún alumno ni acompañante tuerto). Ante esta caótica situación: José Luis con la servilleta en el rostro y yo bajo paillo, la entregada poetisa llega al punto de mayor desatino y dedica a sus profesores lo mejor de su arte, quedando quieta junto a ellos durante unos eternos minutos, mientras el profesorado, el uno sollozaba bajo la servilleta que cubría su rostro y el otro asomaba la cabecita por entre la silla y el mantel, también con lágrimas en los ojos: todos, profesores y musa, con el rostro descompuesto, aún por diversas causas (Marisol siempre

José Luis González Uriol con Jesús Gonzalo y Adoración Gimeno en la celebración gastronómica de un final de año del *Curso de iniciación al órgano*, impartido en el Hospital Provincial de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, a principios de la década de los noventa. (Fotografía Jesús Gonzalo)



fue muy querida)... Tras tres décadas como profesor de este pintoresco curso, en el 2016-2017 tuve que vacar en la docencia porque me hice cargo de la dirección del programa *El órgano* de RNE, Radio Clásica, programa del que también fui presentador, pero han sido tantos años de buena música y convivencia a la sombra del órgano en este ámbito hospitalario, que era de necesaria presencia algún episodio al caso en estas crónicas.

4.^a crónica. Cuando dormimos juntos en la misma cama

En aquellos años de principios de los noventa, en los que nuestra clase política aún creía en los valores de la cultura, la verdad es que en Aragón se invirtió lo suyo en patrimonio, y a nuestro caso, se restauraron bastantes órganos, fruto de las incesantes gestiones y planes de restauración promovidos por los incansables Uriol y Calahorra. Meritoria fue la inauguración del órgano restaurado de Almonacid de la Sierra, pueblo alegremente conocido por su singular mesón, donde se ofrece al comensal libertad de comer, tanto como la gula ordene, de una cuarentena de deliciosos platos caseros, con la costumbre de que a la entrada del comedor hay una báscula, como de ganado, en la que se pesa al reo, si se quiere comensal, antes y después de la ingesta. Una corte angélica de alumnos, unos u otros según casos, acompañábamos a José Luis en su cotidiano (*Casa Belanche* al marisco o *Casa Agustín* a las salmueras, zapaterías de la calle Alfonso, camiserías varias o tiendas de plumas de escribir, etcétera, etcétera) y cómo no, le acompañábamos en sus conciertos, asistiendo junto a él, como ayudantes y registradores (no de la propiedad, sino de sacar los registros o juegos del órgano) también a las inauguraciones de órganos restaurados, amén de recorrer media España juntos en sus muchas actuaciones, tantas veces en el elegante 1500 de Raúl, tapicería rojo cardenal de por medio. Y digo meritoria la del de Almonacid, porque la involucración del pueblo fue grande, el acto de inauguración multitudinario y la expectación de la feligresía y población civil alcanzaba cotas del *Sálvame de lux* (*Et lux aeterna luceat eis*: amén). Al programarse el acto por la tarde, ya se acudió al pueblo a medio día para preparar el terreno y comenzar bien la fiesta, pues las inauguraciones de órganos son una fiesta que supera el mero hecho del concierto. Y así se comenzó la celebración: primero buen aperitivo con vermut casero, para seguidamente y sin descanso desembocar en copiosa comida en el citado mesón —con o sin pesada en la báscula—, acabando los cafés sobre las cinco de la tarde, entre los palmoteos y vítores de alegría de un pueblo expectante: ¡qué trance madre mía! Recuerdo que teníamos necesidad real, reitero, necesidad, y reitero, real, de descansar, pues estos excesos tan propios del agradecimiento local no son buenos compañeros para el tañer. Ante tan acuciante necesidad, se pone la situación en conocimiento de las autoridades locales y rápidamente se nos ofrecen señoras de varias casas, bueno, casas de varias señoras, para el descanso; pero al final, sin pensarlo mucho, elegimos la casa de Dios, mejor dicho, la del cura, por parecernos lugar más cercano a nuestro fin y estar junto a la iglesia, que también es buena la cercanía para el desplazamiento cuando se va fatigado. Entrados en la casa y llegados a la lúgubre habitación, colcha de raso con motivos chinoscos cubriendo la cama, nos comenta el mosén que no hay más camas preparadas, que a ver cómo nos apañamos con una cama de uno cinco, es decir, no muy grande, y que qué nos parece. ¡Virgen del amor hermoso! ni corto ni perezoso, José Luis, verdaderamente resuelto siempre para situaciones pintorescas, le dice al cura que no se

preocupe, que nos apañamos bien y, aún de broma, le apuntilla que tampoco se preocupe por otras cuestiones, que no se cometerá pecado, chiste que no sé si el sacerdote acabó de entender. Manos a la obra, nos echamos la siesta juntos, en la misma cama de uno cinco, tapados con una manta zamorana y entre los ronquidos del uno y el otro, profundos y diletantes por la situación digestiva. Pasado un buen rato, hora y pico, nos levantamos para el concierto, pareciendo que con tanta carga no había sido suficiente el descanso. La iglesia llena, a rebosar, y llegados a la tribuna del órgano, le pregunto: «José Luis, ¿qué vas a tocar?», pues no hubo tiempo para ensayos. Uriol, aún enfrascado en su amable somnolencia, ni corto ni perezoso me dice: «Saca del maletín las partituras que quieras, que llevo bastante repertorio, y pon los registros que quieras, que yo ya toco». Así fue. El concierto, ajeno a programa de mano y cargado de guiños y picardías, con obras de medio registro de mano derecha transformadas por sutil arte en mano izquierda y otros muchos juegos de encantamiento, fue realmente glorioso. José Luis estaba inspirado y poco a poco fue despertando: qué gran concierto repleto de arte y buen tañer... Hasta que acontece «el acabose» al final del acto, pues tras la no poco aclamada *Gran batalla de Marengo* (obra que nunca debió ser recuperada de su olvido y que resucita a los muertos por el susto), vemos que sube al coro una masa humana, algo así como una veintena de voces recias de hombre, *rascantes (especialmenteinhos, que são ásperos, que ficam enroscando na garganta)*, como otrora lo era el vino de Cariñena, e improvisadamente echan sobre el atril un papel para cantar los gozos del lugar y que los acompañe José Luis: todos apretados en la tribuna del órgano, emocionados por el momento, con José Luis y su ayudante en medio del sarao. La partitura era manuscrita, de hace más de cien años, confusa en su natural, y al primer golpe de vista parece que lucía buena cantidad de bemoles sin poder entenderse mucho nada, es decir, que parecía no descifrarse la solfa ni con microscopio: Dios proveerá. Resuelto como siempre, José Luis pregunta a los improvisados cantores: «¿Qué tono?»... y responde uno más docto: «Fa menor» (relativo de lab mayor, con cuatro bemoles). Suena la nota de referencia, para que cogiera el tono esta informe masa coral, y proclama el Maestro: «Adelante». Empezaron los gozos y particularmente, en medio de esa vorágine, me relajé, pues vi que José Luis aún los seguía bien y aquello iba medio sonando, hasta que pasado medio minuto, por decir un tiempo, hago ojos a la partitura y me quedo como nunca ojo plástico: ¿es posible? Entonces le digo a José Luis al oído, casi gritando entre los vozarrones del gentío cantor: «José Luis, pero si la partitura está puesta al revés». A lo que el Maestro contesta «no te preocupes Chus, que no pasa nada»... y siguió tocando amablemente con su habitual gracejo de oficio, acompañando ese *no sé qué*: genio y figura.

5.ª crónica. Nuestro imposible dúo

Qué gran orgullo para un alumno que empieza su andadura profesional el tocar con su profesor, como así sucedió. José Luis y yo formamos el primer dúo de órgano a cuatro manos en la España de los noventa, con el repertorio principal de las inmortales obras de este género del meritorio organista del pilar de final del siglo XVIII, don Ramón Ferreñac. Realizamos buena cantidad de conciertos en España y el extranjero, y la formación maestro-alumno gozó de cierta popularidad en el ámbito del órgano en su momento, grabando además un cedé, muy bonito, que fue el primero del sello oscense *Arsis* —Fernando y María

Pilar—, después casa de música antigua especializada a nivel nacional e internacional. La experiencia de tocar juntos a cuatro manos era inmensa y como teníamos marcado a sangre el buen temple, no había concierto, por ajos o por puerros, en que no hubiera sus sonrisas, muchas veces carcajadas, especialmente cuando nos acontecía algún despiste de la partitura y salíamos por peteneras. Aún hoy no puedo desvelar el nombre del lugar donde sucedió la crónica que sigue, que relataré como «la madre de las batallas», población donde además yo, con el grupo de música que entonces dirigía, *Parnaso Español*, ya había ido a tocar en varias ocasiones. Corrían aquellos meses en que Pilar de la Vega ejerció como delegada del Gobierno. Carismática Pilar, gran amiga de José Luis y Cristina, de quien aún recuerdo la extrañeza que le causó el verme cuando me la presentó José Luis en la plaza de los Sitios, tras lo que comentó: «¿Pero qué alumnos más raros tienes?», pues era época estival y yo cubría mi pelo negro-azulado con un sombrero «salacot», bajo el que asomaban unas singulares gafas de sol blancas que llevaban luz roja permanente en toda la parte superior, como una especie de coche fantástico, lo que dejó extrañada a la profesora y política, pues el mundo del órgano había sido muy de seminario y estas modernidades no eran lo más común. Bueno, volviendo a la crónica del concierto de nuestro dúo a cuatro manos en el lugar que denominaremos como XXX (no por causas de clasificación cinematográfica), decir que la técnico de cultura era MJ, mujer de mediana edad, muy amable siempre y delicada en toda la preparación del concierto. Tocábamos en un organito positivo de la Institución «Fernando el Católico», conocido coloquialmente como *El Arrizabalaga* (vulgo «arribalabraga»), por el apellido del su constructor, hoy recientemente finado, buen organero y querido amigo de Uriol y mío. La hora del concierto era más o menos la habitual, las 8 de la tarde... Y cuál es mi sorpresa, cuando el día de antes me llama José Luis y me dice que tenía una cena en la Delegación del Gobierno y que le venía fatal el concierto; pero claro, ya estaba todo anunciado y demás... Calla un momento el teléfono, más que un silencio enfático, y me pregunta el Maestro: «¿A ti te importa que lo adelante?». Bueno, la reacción mía es inmediata, «¡Pero cómo lo vas a adelantar si ya está todo programado!», etcétera, etcétera, y más de lo mismo. Seguidamente me pregunta José Luis: «Chusín, ¿me dejas que lo intente?», a lo que lógicamente le respondo que adelante... Al rato, vuelve a sonar el teléfono de casa —no había entonces móviles— y sin saludo previo, escucho: «Solucionado, el concierto será a las 5». Respondo: «¿Pero cómo es posible?», «Ya te contaré, chatico, cuando nos veamos» (utilizaba mucho cariñosamente el «chatico» o el Chusín). Al día siguiente, el del concierto, el también hoy finado transportista Amable Lázaro, querido de todos, llevó el organico al auditorio del lugar. De camino hacia XXX, en mi coche, pues José Luis no conoce volante, ya ansioso de saber lo que había pasado, le increpo al Maestro para que me diga de una vez cómo es posible que se haya adelantado tres horas el concierto y se programe a las cinco en vez de a las ocho «¡Ay hijo!» (expresión muy suya en recuerdo de la época del Desierto), me responde con cierto suspiro paternal, antes de que casi tengamos que parar el coche por causas del temblor propio del desconcierto de su argumento, que se tornó inmediatamente en tronchante risa... Pues resulta que para promover el cambio de horario, después de hablar conmigo, llamó inmediatamente a la técnico responsable, MJ, y le dijo: «María José, ha surgido un imprevisto “de Estado” que nos obliga a adelantar el concierto tres horas». Conocida de todos la fama de Uriol en el ámbito institucional, político y demás, MJ le responde: «¿Qué pasa, José Luis, es algo grave...?», a lo que

él contesta: «Tranquila, no es grave pero realmente se trata de un asunto “de Estado”: *Deus in adiutorium meum*», la pobre técnico verse envuelta en asuntos de orden nacional y de peso estatal: ¿qué será? Tras decirle que se trataba de un secreto que de ninguna manera, hasta hoy, se podía desvelar, y conseguir un cierto juramento de MJ de que de su boca no saldría palabrita, se arranca el maestro con una de las mejores excusas nunca argumentadas y que bien podría constar en un decálogo universal al caso. Argumento que goza de verdad, por ser realmente la cena a la que tenía que asistir en la Delegación del Gobierno, pero no de exactitud, pues aprovechando la oportunidad, le suelta a MJ, ni más ni menos, que Su Majestad, la reina Sofía, venía a Zaragoza en visita privada por asuntos «de Estado» y que iba a cenar en la Delegación del Gobierno... y que había pedido que él tocara el clave... y que entendiera que no podía dejar a la reina de España plantada... Pagaría por haber visto la cara de María José, pues de repente se ve implicada en algo que suena como a CIA. Desde luego, ante tamaña emergencia, MJ accedió a cambiar la hora del concierto y allí fuimos... Como el asunto era de «Alto secreto de Estado», nada más llegar se mascaba la tensión, chirriaban las pisadas. Después del inicial saludo cordial, siguió un silencio sepulcral, solo roto por un alzar de cejas de José Luis, que en señal de complicidad replicó MJ y dupliqué seguidamente yo. «Ya sabes», dijo José Luis. «Tranquilo», replicó MJ. «Qué cosas, verdad», dice nuevamente José Luis. «No te preocupes, lo primero es lo primero», replica nuevamente MJ... y así un diálogo de complicidad y desconcierto que presagiaba un ambiente que acabó nuevamente en comedia. Llegado el concierto, ya en escena, mientras tocamos, era imborrable la sonrisa en nuestros labios. Como la experiencia de la risa ya la conocíamos, sabíamos que lo mejor en estos casos era tocar y no mirarnos, pues así se evitaba que cualquier gesto o movimiento provocara el fatal desenlace. Pero esto de sentarse juntos ante un teclado y tocar a cuatro manos requiere de necesaria mirada, como así fue, y en el primer encuentro ocular no se le ocurre otra genialidad a José Luis que replicar aquellos movimientos de ceja de los que había sido cómplice MJ, acompañándolos además de un giro de manos nada habitual. Al verlo, quedé abandonado a mi suerte y rompí en carcajadas ante un público que miraba atónito. Lógicamente, el maestro, contagiado, se une súbito a la empresa. La situación se torna incontrolable y José Luis, en un intento de arreglarlo, se levanta del órgano y se dirige al público para explicar ese *no se qué*: queridos amigos... risas al canto con la mano tapándose el rostro y lágrimas en los ojos. Reflexiona un momento, toma aire, se rearma de coraje y dice: no crean que esto es lo habitual... y vuelta el cántaro a la fuente, con lo que, ante la imposibilidad de organizar el discurso, se sienta en el órgano y allí estábamos los dos jugando con nuestra risa, mientras MJ miraba desconcertada, aún henchida de Estado. Tal vez fueron tres o cuatro minutos los que duró este voy y vengo, hasta que retomamos la solfa y seguimos tocando... Y cuál es nuestra sorpresa, que tras un par de minutos sonando ya con alguna normalidad, el público, que con gran generosidad había entendido que era risa sana, una vez callados nosotros se empezó a reír de *motu proprio [sic]*, volviéndonos a contagiar al dúo en escena y tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe: aquello no tenía solución. Pues bueno, acabamos el concierto como se pudo, varios del público manifestaron que había sido una experiencia única y maravillosa, que el humor y la risa nos hacen más cercanos, que son grandes herramientas de la inteligencia y muchas más observaciones de este calado. Sin tomar ni un café, pues había que cumplir con Su Majestad, nos despedimos de MJ a golpe de ceja y

salimos pitando para Zaragoza para que José Luis llegara a su cena en la Delegación del Gobierno, aún sin reina (de España, no Emilio, obviamente): concierto memorable.

6.^a crónica. Experiencia ultramarina a cuatro manos

Momentos singulares se sucedieron también en las islas Azores, cuando nos invitaron a los dos como representantes de España, junto con una variedad de organistas europeos, a un congreso sobre órgano con sede en Ponta Delgada, capital de las Azores, ofreciendo cada uno una ponencia especializada y tocando algún concierto por separado y otros juntos con nuestras ya renombradas cuatro manos. Llegados al auditorio donde se pronunciaban las ponencias, con cabinas para varios traductores y un considerable protocolo, nos señalan nuestro lugar en la mesa principal, todo con su cartelería específica de nombres, países y cargos. Entonces, le digo a Uriol: «¿Qué pone aquí, Maestro?». Y con voz recia y fuerte, me lee el literal: «*Senhora Gallina*», nombre de una ponente, creo que de Bulgaria o Rumanía; pero claro, en nuestro ámbito de entendimiento humorístico vital, no pudimos dejar de imaginar a tan fructífera ave sentada en la mesa poniendo huevos entre honorables organistas de medio mundo; fue un primer calentamiento, aunque en este caso no hubo explosión. Donde sí se sembró mayor desconcierto visual fue en un concierto a cuatro manos que hicimos en una de las islas pequeñas. José Luis se sentó en el banco del organista, que era pequeño, y al no haber otro banco alto, se armó para mí un tenderete propio de una acrobacia circense, que consistía en una silla frágil y medio rota sobre la que se puso un diminuto banquillo redondo de los de ordeñar vacas, pues los órganos portugueses tienen los fuelles en la base y los teclados quedan muy altos. Pero la cosa no acaba ahí, pues al encontrarme algo indispuerto de la vista por causas de nocturnidad, dígame movimientos *allegros* nocturnos, me veo obligado a tocar con unas gafas de sol, y no es que pareciera la Niña de la Puebla, sino que yo subido en el tenderete con unas gafas negras y al lado Uriol, aparentemente tan serio y todo elegante, resultaba muy extraño, aunque la gente entendió que aquello era algo especial, entre amigos, de lo que nacía una música llena de arte... A la vuelta a Ponta Delgada, desde uno de los aeropuertos de las otras islas más pequeñas, se ofrece otra genialidad de José Luis, pues resulta que nos habían regalado varios libros y cedés con música de las Azores y aquí viene cuando el Maestro dice: «Uf, esto pesa mucho, lo voy a regalar». Le contesto, «¿Pero qué dices?», me replica: «Mira, mira...». Y se va por los mostradores donde venden los billetes: había tres o cuatro, todo con señoras al frente, y veo que empieza a regalar los libros y cedés a estas dependientas, que, desconcertadas por el improvisado presente, le muestran su agradecimiento. Ya sin peso y con una sonrisa pícara, que contrastaba con mis carcajadas ahí sentado en un banco, me dice: «¡Hala, Chusín!, vamos»: simplemente genial.

7.^a breve crónica. Necesaria ruptura del dúo por motivos de salud

Pero como *todo tiene su tiempo y todo tiene su fin*, fue en Ateca, tras la grabación que hicimos del dicho cedé a cuatro manos —a la que asistieron nuestras esposas, Cristina la de Uriol y Dori la mía—, donde gracias a la preclara inteligencia de Cristina, con aceptación general del cónclave, se planteó y se decidió abandonar esta práctica musical a

cuatro manos entre Maestro y discípulo por inminentes cuestiones de orden médico, pues era tal el buen clima creado, que la santa enfermedad de la risa se apoderaba con gran facilidad de nosotros, llegando a cotas de insostenibilidad por vía de salud. Y así se dejó el dúo, simplemente por la risa, sin más.

8.^a crónica. El falso ictus de José Luis en el altar mayor de La Seo

Pero la risa no pasó nunca, y hace tres o cuatro años, ya alejados nuestros caminos, tuve el gusto de que José Luis me presentara en un concierto de órgano que yo tocaba en La Seo de Zaragoza, con suerte de canónigos en primera línea y repleto de gente en las naves. Momentos antes, en la sacristía, recordamos estos tiempos pasados, e inmediatamente volví a reconocer en José Luis aquel ondular de la comisura de los labios que tantas jugadas nos había pasado y que tanta sana alegría nos aportó otrora. Hubo un amago de risas, pero ya supuestamente más maduros, pasados cerca de veinte años, comentamos desde el grato recuerdo cómo las cosas cambian y que gracias a Dios ya no era lo mismo. . . ¡Ay amigo!, antes de salir los dos al altar mayor, donde José Luis iba a leer mi *curriculum vitae*, por causa de una campanilla que había en el camino de salida y su débil sonar, se nos cruzaron las miradas justo cuando estábamos saliendo: ambos dos, solos ante cientos de personas en el altar mayor de La Seo, donde nuestros reyes aragoneses fueron coronados. Entendí el momento como uno de esos regalos que tan pocas veces te ofrece la vida, pues, después de alrededor de dos décadas, seguía viva nuestra singular complicidad de otrora. Al momento la escena se torna digna del mejor humor negro. Los dos de pie en el altar: silencio sepulcral. Pasa el tiempo, tal vez incluso uno o dos minutos: cabezas bajas, gestos como de fuerte tos, pañuelo en boca, sudor en la frente y José Luis que no arranca a leer mi *curriculum*, bajo la mirada inquieta de toda la catedral. Pausa. . . Pasa otro poco tiempo y parece que el Maestro se arma de valor, alza el micro y dice: «Jesús Gonzalo. . .» Baja el micro, pañuelo en boca y vuelta a las andadas. Se rearma de valor y dice simplemente: «El Burgo de Osma» (mi pueblo natal). . . Y así una tras otra, palabras o segmentos de frases inconexas, bajo la desconcertada presencia de un público extrañado que luego comentó que estuvieron a punto de llamar al 061 pensando que le estaba dando un ictus o *paralís* (palabra muy de nuestro particular gusto). La lectura del *curriculum* no se pudo realizar, nos abrazamos bajo la misericordiosa mirada de alabastro de El Salvador, llorando de alegría, y el Maestro se retiró a su sitio reservado y yo a tocar el concierto de órgano: *finis coronat opus*.

9.^a crónica. Qué tiene la zarzamora

Durante más de diez años, del 85 al 96, más o menos, conviví familiarmente con José Luis y Cristina, bastantes de ellos también junto con Dori, mi santa esposa, de manera que los Uriol me presentaban a sus familiares y amigos como su cuarto hijo. Durante este tiempo seguí de cerca su carrera profesional, aprendiendo de él grandes cosas, y vivimos juntos muchos pasajes vitales y familiares. Recuerdo su casa de la calle de don Felipe Sanclemente, a Amelia con el uniforme de Escolapias y el chelo a cuestas, Pablo con su arrebatadora iniciativa juvenil y honestidad, David con su siempre buen querer ser amable

y, cortando el bacalao, Cristina, siempre Cristina, la «gran Cristina», atenta a todo y a todos, menos mal. Y cómo no recordar a Conchita, su suegra, a quien después de muchos años de conocerla y tratarla, aún le decía José Luis cuando aparecíamos por su casa de Cinco de Marzo, que era frecuente, a ver a don Pedro: «Conchita ¿conoces a Chus?», y ella con su voz crítica, deliciosa, le decía: «Qué cosas tienes, Pepín, pero si le conozco hace muchísimos años, anda, anda...». Luego, al hilo del comienzo, todo es cambiante, y nuestras vidas siguieron otros caminos, siempre repletos de valles y cumbres... Pero en otro giro de ruleta, hace pocos años tuve el gusto de ser profesor de clave durante cuatro años, en el Conservatorio, de su nieta Paula, hija mayor de Amelia, y ver cómo crecía su hermana, Natalia, cuando tantas veces venía a buscarla después de clase. Además de, últimamente, saber de su tercera nieta, Margarita, hija de David y del mismo nombre que la querida madre de José Luis.

Recientemente, en artículo sobre la música en la Institución «Fernando el Católico» en edición conmemorativa de su 75 aniversario (*Cultura y política del franquismo a la democracia [1943-2018]*), que por encargo de la dirección de esta casa tuve el gusto de escribir y cuya lectura les recomiendo, ya hablé mucho y bien de Uriol y Calahorra, con documentos, justicia y verdad, pues forjaron con base neurálgica en la IFC una hazaña digna de recuerdo, un trozo de historia, que aquí se rememora personalizada en Uriol y muy pronto se escribirá en el correspondiente capítulo de la moderna historia musical de Aragón. Ahora bien, tras estas letras, casi letrillas, tan gratas para el recuerdo, en mi faceta de historiador, que no es poca, no sabría bien en qué lugar ubicar la figura de Uriol, pues se sale de parámetros o referentes. Es por eso por lo que me pregunto, como en la copla: *Qué tiene la zarzamora...*, de qué singular dotación goza este querido Maestro para que de sus manos hayan salido tamaña cantera de alumnos, muchos insignes hoy por sus notables méritos. Alumnos que desde su excelencia muestran y evidencian a José Luis González Uriol como Maestro genial en el arte músico y Maestro excepcional en el arte de vivir. Fuerte abrazo querido José Luis.

Posdata:

«Por favor, la próxima vez da recuerdos a la reina (la emérita, desde luego)».